

De Hispano-Americanismo literario

Carlos GARCIA-PRADA

Grande acierto de la Academia Colombiana de la Lengua ha sido la publicación del *Epistolario de don Miguel Antonio Caro. Correspondencia con don Rufino José Cuervo y don Marcelino Menéndez y Pelayo* (Distribuido por Librería Voluntad, S. A., Bogotá, 1941, xvi, 301 pp.), editado bajo la escrupulosa dirección del doctor Victor E. Caro, hijo de don Miguel Antonio y autor de la *Introducción y Notas* que lo acompañan.

La lectura de este pulcro y discreto volumen causa la más viva y profunda emoción no sólo porque él viene a aclarar algunos puntos interesantísimos de historia literaria hispano-americana, sino porque hace ver a qué planos de belleza moral e intelectual pudieron llegar esos tres grandes obreros del espíritu, a quienes inspiraban las más genuinas tradiciones de la Raza y el más hondo y acendrado amor a su lengua y su cultura.

Don Miguel Antonio, don Rufino José, don Marcelino... ¡Qué bien suenan unidos así sus nombres de pila, tan castizos, y qué limpias surgen de este *Epistolario* sus almas principescas, tan semejantes entre sí por su inteligencia, su dignidad, su valor, su sencillez, su laboriosidad, sus aficiones y esperanzas, y, por encima de todo, por su filial piedad, genuina e incorruptible. Sin leerlo, sabíase que ellos representan el verdadero patriotismo hispano, y el esfuerzo de erudición y de crítica literarias más sostenido y brillante del mundo español-peninsular y americano. Leyéndolo se sienten las fuerzas espirituales que los animaron

hasta realizarse: la traducción de la *Encida*, de Caro; el *Diccionario de Construcción y Régimen*, de Cuervo, y la *Antología de poetas hispano-americanos*, de Menéndez y Pelayo.

Por el *Epistolario* se aprende la génesis y el proceso de elaboración de esas obras cumbres, y se comprende el ideal que guió a sus autores y que creó para ellos el ambiente favorable de comprensión y aprecio mutuos, y de cooperación honesta, desinteresada y leal, sin la cual dichas obras no habrían logrado quizás su desenvolvimiento.

Radificados, uno en Bogotá, otro en París y el otro en Madrid, los insignes polígrafos vivieron juntos gracias al pensamiento que salva obstáculos y distancias y acerca los corazones buenos. Lo prueba el *Epistolario*, hermoso torneo de finezas y amabilidades, expresión conmovedora y edificante de una triple amistad que sólo cambia para elevarse, y que se deleita en consultas mutuas, en consejos, estímulos y felicitaciones, y aun en reparos y críticas francas, autorizadas, sinceras e independientes, que se aceptan o rechazan con amor y con respeto.

CARO Y CUERVO

No ha habido, entre dos espíritus superiores —en Colombia, ni quizá en la América hispana—, un afecto tan noble, íntimo y cordial como el que unió a don Miguel Antonio Caro (1843—1909) y don Rufino José Cuervo (1844—1911). Descendientes de ilustres familias españolas, nacidos casi a un tiempo y en el mismo barrio de Bogotá, los dos fueron amigos desde la infancia hasta la muerte. Se educaron juntos, y siguieron análogas disciplinas en su juventud. A los diez y ocho años, Caro comenzó su versión de la *Encida* de Virgilio, que más tarde habría de tener Menéndez y Pelayo “por la más bella que poseemos en castellano”; a los diez y ocho años, Cuervo recogía los materiales para sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, que, al publicarse en 1872, llamaron inmediatamente la atención y merecieron el aplauso de grandes filólogos europeos —como Potts y Dozy— y que ejercieron y siguen ejerciendo tan saludable influjo en el habla de los hispanoamericanos; y antes de cumplir los veintiún años, Caro y Cuervo publicaron

su *Gramática Latina*, calificada de "magistral" por la Real Academia Española, y no superada por nadie todavía. Poco tiempo después se separaron Caro y Cuervo, pero siguieron cooperando sin cesar.

Don Rufino José —modesto, cristalino y amigo de la quietud y del retiro— tenía muchas facultades que concentró, con beneplácito de Caro, en el cultivo esmeradísimo de la lengua castellana, su novia de siempre. Cuando fué a Europa en 1878, dominaba ya los idiomas clásicos, y además el árabe y el sánscrito, y había hecho suya, en sus aspectos científicos y técnicos, la filología comparada que organizaron los maestros alemanes. A Europa fué don Rufino en busca de relaciones personales, directas, con los maestros de la filología, por una parte, y por otra, en busca de libros que adquirir y consultar fácilmente, y también de tranquilidad para continuar sus estudios. Viajó por Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Noruega, Suecia, Rusia, Austria, Alemania, Suiza y Francia, y en 1882 se estableció definitivamente en París, donde murió después de treinta años de fecundas labores que sólo se interrumpían en las altas horas de la noche y primeras de la madrugada, y de cuando en cuando si el sabio se daba un mes de vacaciones veraniegas, que consideraba "necesaria higiene física y mental", y que pasaba en el campo. En Europa mantenía Cuervo correspondencia epistolar científica con los latinistas Riblék, Benoist y Bond, con Mahn, Pott, Madrig, Sundby, Morel-Fatio, Gaston Paris, Förster, Schuchardt —su más grande amigo entre los europeos—, Teza, Menéndez y Pelayo, y otros humanistas y filólogos, y muy especialmente con don Miguel Antonio Caro. Así preparó las *Notas a la Gramática de Bello*, que la aumentaron en una tercera parte, y que, según Cejador y Frauca, "valen el doble que ella, con valer ella tanto"; los *Artículos filológicos y críticos*, las *Disquisiciones filológicas*, y su inconcluso *Diccionario de Construcción y Régimen*, obra audaz y suprema de la filología castellana.

Don Miguel Antonio —poeta, crítico, orador y polemista temible, legislador y latinista de primer orden— no fué a Europa ni a ninguna parte, pues pasó toda la vida en Bogotá y sus alrededores, sin alejarse de ella más de dos leguas en ninguna dirección. Pero allí escribió va-

rios volúmenes de poesías originales —de las cuales las intituladas "A la estatua del Libertador" y "Canto al silencio" son obras capitales de la poesía española de todos los tiempos—; tradujo con admirable maestría a Catulo, Lucrecio, Propercio, Pseudo Galo, Ovidio, Horacio y Virgilio, entre los clásicos latinos, y a Manzoni y Byron entre los modernos; dió a la publicidad muchísimos artículos doctrinarios, de penetrante lucidez, sobre cuestiones ético-sociales y teológicas; preparó insuperados ensayos de crítica literaria y estudios de erudición, discursos y documentos públicos, y contribuyó a formar la nación colombiana, infundiéndole un Ideal y dándole, entre otras cosas, una Constitución Política (1886) que nadie ha querido ni pretendido cambiar en sus bases ni en su estructura esenciales, y que ha hecho de Colombia un país de Libertad y Orden, ejemplar y casi único en Hispanoamérica. Todo eso hizo don Miguel Antonio, gran ciudadano, orgullo de la raza, sin olvidarse de sus grandes amigos —don Rufino José y don Marcelino— ni de sus obras, que ellos acometían bajo su inspiración y elaboraban en gran parte gracias al acicate amoroso de su estímulo.

La correspondencia entre Caro y Cuervo —primera parte del *Epistolario*, págs. 1 a 178— comienza cuando éste sale de Bogotá (1878) y termina poco antes de morir Caro (1909), cuando le envió el pésame por la muerte de doña Ana Narváez, esposa de Caro y "encanto y fuerza de su vida". Son setenta y ocho cartas, sencillas, cariñosas, delicadas, y llenas de interés histórico, aunque no fueron escritas para la historia. En las suyas, don Rufino le da cuenta a su amigo de sus viajes y observaciones; del desconcierto que experimenta ante la inmensidad de cosas que quisiera estudiar en Europa, sin tener tiempo para ello; de su vida privada y sus achaques de salud, minada por el reumatismo; de sus dificultades y desilusiones; de los temores que abriga en cuanto a la publicación de las *Muestras* de su *Diccionario*, pues ha comprendido que "es una imprudencia echar uno al público de su pueblo esas hojas"... que "todos quieren juzgar, y dicen mil sandeces los que no entienden, que son los más"; le manifiesta que un representante de la editorial parisiense de Garnier Hnos. "ha tenido el atrevimiento de amenazarlo con

publicar", sin el permiso debido, una edición del primer tomo del *Diccionario*, "porque no habia convención ninguna sobre propiedad literaria"; le cita cartas que ha recibido de Morel-Fatio y de Gastón Paris, que admiran su obra, y otra de Förster en que lo anima a que "sea para España lo que Littré ha sido para Francia", y le comenta el hecho de que en la Península —excepción hecha de Menéndez y Pelayo— "la gente letrada no sabe apreciar lo que vale" el *Diccionario de Construcción y Régimen*. Además, Cuervo le contesta las consultas técnicas a su amigo, y le envia libros y copias de libros que le permiten perfeccionar la versión de la *Eneida* y los estudios de crítica, de erudición y de polémica que preparaba. Y como Caro le enviara a don Rufino José los manuscritos de sus obras, para que los hiciese publicar en Europa, Cuervo le manifiesta que hará todo lo posible porque se impriman en París, aunque los libreros de allá son rapaces, y los editores —Garnier, Roca y Bouret— creen hacerles un honor a los autores hispanoamericanos al publicarles sus obras, si éstos pagan la impresión y les ceden a aquéllos la propiedad literaria que puedan explotar a perpetuidad!... Y con todo, a esos editores va don Rufino, porque "es sabido, por más que dueña confesarlo, que el público de nosotros los americanos está en América y no en España, por más que los españoles nos hagan mil carantoñas, encaminadas más que a otra cosa, a que les compremos sus vinos y sus aceitunas".

Por su parte, Caro, al darles respuesta puntual a todas sus cartas, trata siempre de dirigir y animar a Cuervo, pidiéndole que se apresure lentamente en sus estudios, que abandone los que no se relacionen directamente con la filología y animándole a que se concentre por entero en el *Diccionario*—esa obra en que, "por ser de Ud., me gozo tanto o más que si fuese gloria mía"—. Y como "penas comunicadas son aliviadas", don Miguel Antonio le da cuenta de sus achaques de salud —reumatismo, zumbidos de oído y mal estado de la vista; le dice (en 1879) que tiene ya en su despacho una máquina de escribir, "invento útil y curioso" que todavía no podía "manejar con perfección" y que le va a servir de mucho al aliviar su miopía; y en 1892 le manifiesta que fue elegido Vicepresidente de Colombia, Encargado del Poder Ejecutivo — "la cosa más

contraria a (su) carácter y a (sus) hábitos. Pero Dios lo quiso y El dará fuerzas". Lo que más se nota en las cartas de Caro a Cuervo es su invencible deseo de ayudarle en todo lo relacionado con el *Diccionario*: le anuncia que de la primera *Muestra* vendió él, Caro, diez ejemplares a los letrados de Bogotá; que por su esfuerzo la asamblea del Departamento de Cundinamarca reconoció su alto valor científico y votó una suma para la compra oficial de cincuenta ejemplares; le envía datos, comentarios, voces de estímulo y de aplauso. Metido en el agitado mar de la política colombiana de entonces, Caro le dice a su amigo que perseverare en sus labores, ya que, "en estas materias filológicas, como en todo, *es preciso que usted crezca y yo mengüe*". (1) para gloria de Colombia.

Así era la amistad que unía a don Miguel Antonio y don Rufino José.

CARO Y MENENDEZ PELAYO

Al conocerse en los cenáculos literarios de Bogotá —allá por el año de 1877— los primeros trabajos de Menéndez y Pelayo, le escribió don Miguel Antonio Caro a su amigo madrileño, don Manuel Tamayo y Baus, preguntándole quién era, y éste respondió:

"Don Marcelino Menéndez y Pelayo es un verdadero portento. Tendrá ahora veinte y dos años y acaso no haya habido nunca hombre de tanto saber. Escribe en latín y en griego como en su propia lengua, y no hay libro antiguo ni moderno que no conozca y del cual no pueda decir de memoria páginas enteras. Es poeta, historiador, crítico, teólogo, filósofo, etc. A los veintiún años ganó por oposición una cátedra de la Universidad de Madrid".

¡Qué gusto debió de experimentar don Miguel Antonio al leer esta carta y ver, en el ardido paladín peninsular, un joven *alter ego* capaz de continuar, abrillantar y universalizar la obra que él mismo realizaba y quería realizar, en toda su amplitud, en la remota y andina Bogotá..!

(1) Aquí todos los subrayados son nuestros.

No perdió tiempo don Miguel Antonio. Le escribió al joven santederino —que era trece años menor que él— y le envió algunas obras suyas en momentos en que se hallaba éste preparando una bibliografía crítica de traductores castellanos de poetas griegos y latinos. Así comenzó la correspondencia epistolar entre los dos polígrafos cuya amistad debía de ser tan fecunda y duradera, como era de esperarse en dos espíritus gemelos y dignos uno del otro. Contiene esta parte del *Epistolario* sólo treinta y ocho cartas de las muchas que se escribieron, y que comenzaron con el "Muy señor mío de mi mayor respeto", para terminar con el "Carísimo amigo", en un admirable crescendo de mutua estimación, cariño y respeto.

En la primera carta de don Marcelino para don Miguel Antonio —27 de julio de 1878— le dice que ha leído sus poesías, que lo confirman en la idea de que Caro era "versificador clásico, delicado poeta y conocedor insigne de nuestra lengua" castellana; le manifiesta su simpatía, y al darle cuenta de la *Bibliografía Crítica de Traductores* que venía preparando "desde hacia tiempo", le hace una feliz confesión, tan honrada como lisonjera y fructuosa: *'Me lisonjeo con la esperanza de que usted me comunicará algunos nuevos datos sobre intérpretes hispano-americanos de clásicos griegos y latinos. Ya sabe usted el aislamiento literario en que hasta ahora (y por desgracia) hemos vivido los españoles de uno y otro hemisferio'*.

Esta carta es importantísima en la historia literaria de España y de América, y mucho más lo es la respuesta que a ella dió don Miguel Antonio el 4 de Dbre. de 1878, por sus consecuencias, como puede verse en los párrafos significativos que citaremos gustosísimos. Le dice don Miguel Antonio:

"Cuando en la *Revista Europea* vi los últimos artículos de la erudita y meditada obra de usted, *Horacio en España y Portugal*, sentí mucho que usted por falta de datos no se extendiese a la América Española, cuya historia literaria es parte integrante de la de España. Entonces envié a usted unas muestras de algunas publicaciones mías, como para despertar su curiosidad, y estimularla a ensanchar el campo de sus

investigaciones. Sobremanera me complace ver cómo concuerdan mis aficiones con las de usted. Siempre he deseado que persona competente emprendiese puntualmente la obra que usted me anuncia que está ordenando —una bibliografía crítica de traductores—. Es materia que merece separarse del cuerpo de la historia literaria de la nación, porque así lo piden su peculiar carácter y los conocimientos especiales que se requieren para tratarla bien. Ticknor acumuló curiosos datos bibliográficos, pero le faltó crítica". . . . "Pellicer en su biblioteca de traductores trató un plan vasto que no acertó a desempeñar". . . . "En reducidísima escala, y sólo en lo tocante a determinado autor latino" (Virgilio) "yo tengo en borrador un trabajo análogo". . . . que consiste "en un catálogo de todas las traducciones castellanas del poeta". . . .

"Lamentable es la incomunicación literaria en que viven los pueblos que componen la familia española. La Península es en este particular, y con razón, la menos desfavorecida. De libros españoles se surten en abundancia nuestras librerías; en todas nuestras capitales hallan ellos natural y fácil mercado, y muchos escritores peninsulares contemporáneos cuentan numerosos y apasionados lectores en el pueblo americano. Nuestra producción literaria, entre tanto, no se ha regularizado, y nuestros escritores, aun los más distinguidos, son poco o nada conocidos en España. Pero aun todavía se conocen y tratan menos, entre sí, los americanos de estas repúblicas".....

"Digo a usted esto". . . . "a fin de estimularle a incorporar en esa obra (Traductores....) la parte americana, ya que no le es a usted más difícil que a cualquier americano recoger datos para esta parte de nuestra historia literaria".

Con respeto y discreción echa Caro la simiente. . . . y para que crezca mejor, le sugiere a don Marcelino que se ponga en correspondencia con Joaquín García Icazbalceta y el obispo Montes de Oca, mexicanos; con José Mila y Vidaurre, guatemalteco; con Cecilio Acosta y Aristides Rojas, venezolanos; con Juan León Mera, Pablo Herrera y Pedro Fermín Cevallos, ecuatorianos; con Pedro Paz Soldán y Unanue, peruano; con Crescencio Errázuriz, chileno, y con Vicente Fidel López, ar-

gentino. Cuántos de estos nombres *vería* por primera vez, en 1879, don Marcelino! . . . Y eran todos latinistas, amigos de Caro, y algunos de mucho saber y gran valor como letrados. Don Miguel Antonio veía a Hispanoamérica en conjunto, y quería que don Marcelino se relacionase inmediatamente con los espíritus más altos del continente. Caro invita a Menéndez y Pelayo a que colabore en la publicación de *El Repertorio Colombiano* —la mejor revista literaria hispanoamericana de la época—, le ofrece "40 duros y diez colecciones" de ella por sus correspondencias, y sabiendo que es muy exigua esa remuneración, le garantiza que si colabora, ello le "granjearía a su nombre extensa reputación por estas tierras" hispanoamericanas. Además le envía datos y apuntes para la *Bibliografía de Traductores*, autorizándolo para que de ellos haga "el uso que a bien tenga sin necesidad de mencionarlo".

Como Caro y Menéndez y Pelayo —aunque con el sombrero en la mano— se hablaban de señor a señor, éste le responde agradeciéndole sus consejos, los datos que le envía, y los libros, y se entusiasma ante el prospecto de una mayor cooperación entre la intelectualidad española y la americana, en épocas en que no había relaciones diplomáticas entre la "Madre" y sus "hijas" ultramarinas, España y sus antiguas colonias; acepta la corresponsalia de *El Repertorio Colombiano*, y envía, en 1879, su primera colaboración. "*Lamentable es —dice— la incomunicación en que vivimos, y a toda costa es necesario que cese. Apenas se ve aquí (España) un libro americano, como no sea de los impresos en París. ¿Por qué no piensan esas repúblicas en hacer tratados de propiedad literaria en España? Todos ganaríamos mucho en el cambio.*"

La simiente en buen surco echada por don Miguel Antonio comenzaba a germinar. . . .

Cartas van y vienen entre los dos. Caro sigue enviándole libros, revistas, apuntes, datos, y sigue estimulando la curiosidad intelectual del español, y avivando su patriotismo universalista. En julio de 1879, le agradece don Marcelino el envío de la *Métrica*, de Bello, "desconocida" en España (¡aun cuarenta y cuatro años después de publicada en Chile!) y que a él le parece de veras un "libro de oro"; el envío de los

Sentimientos espirituales de Sor Francisca J. de la Concepción —colombiana, 1671-1742— que Caro le hizo copiar, y que a su amigo le parece libro “de nuestro siglo de oro”; le suplica que le envíe “cuantas correcciones y adiciones”. . . . “se le ocurran” a su *Bibliografía de Traductores*, y que continúe abriendo a (sus) ojos ese mundo literario americano, que es para (los españoles) tierra incógnita”; y a su turno le envía a Caro datos curiosos relacionados con la *Eneida* de Virgilio, que el colombiano traducía y anotaba con sin par maestría.

Más tarde, en 1881, Menéndez y Pelayo, persuadido de que la Academia Española debía publicar las obras de don Andrés Bello, le dice al bogotano: “Una sola vez y de pasada vi el *Orlando* de Bello, que es desconocido en estas regiones. Y a propósito de Bello ¿qué cosa son sus *opúsculos*, que veo citados en varias partes? ¿Dónde y cómo se han impreso? ¿Está en ellos el estudio sobre el poema del Cid?”

No sabe uno de qué asombrarse más, si del noble candor de don Marcelino, o de la ignorancia en que en España andaban, aun sus más insignes hispanistas, de las labores científico-literarias de los hispano-americanos.

Caro satisfizo la curiosidad de su amigo, enviándole sus propios trabajos de crítica de Bello y de su obra, y con ellos los *opúsculos* y las *Silvas* de su maestro.

En julio de 1882, le dice don Marcelino: “Cada día siento más la necesidad de conocer en todos sus pormenores la literatura americana. Ya, gracias a Dios, terminó la fatigosa labor de los *Heterodoxos*. Ahora nada hago, sino descansar y leer, y así pasaré algunos meses. Pero siempre me bulle en la cabeza el pensamiento de comenzar a trabajar seria y detenidamente en la historia de la literatura española”, que, “tal como la entiendo, debe abarcar, a manera de introducción, la literatura hispano-latina y las dos literaturas semíticas cultivadas en la península ibérica antes del nacimiento de las lenguas vulgares, y luego seguir en su desarrollo a las tres lenguas literarias de la península, así en el mundo antiguo como en el nuevo”. . . . “Quiero hacer un libro que sea a la vez conciso y nutrido, libro en que domine el espíritu estético sobre el

histórico, y que sin mengua del rigor científico, pueda ser de general lectura". . . . "En la parte americana cuento desde luego con la colaboración de usted. Es preciso incorporarla de una vez en el cuerpo general de nuestra historia literaria, y ya Ticknor pensaba en ello, aunque desistió por escasez de datos. Los míos van siendo bastantes, pero a todo trance necesito completarlos, con ayuda de mis amigos americanos, y acudo ante todo a usted, de cuya buena amistad tantas y tantas pruebas he recibido".

Don Miguel Antonio le contesta, el 1º de noviembre de 1882: . . . "Me ha llenado de gozo y entusiasmo la noticia de la obra que usted proyecta, y reclamo la gloria de haberle indicado yo a usted hace algún tiempo la idea de historiar en un solo cuerpo la literatura española, peninsular y americana".

El bogotano pasa luego a indicarle y enviarle *las guías* que han de servirle "para entrar con luz en el laberinto" de la "desigual e incoherente producción literaria" hispanoamericana; la *Reseña* de Agüeros y la bibliografía mexicana de García Icazbalceta, para lo de México; la *Historia de la literatura* de Vergara y Vergara, para Colombia; para el Ecuador, las de Mera y Herrera; la *Historia de la literatura colonial*, de Medina, para Chile; el *Diccionario*, de Mendiburo, para el Perú, etc. Convencido Caro de que en el siglo XIX la literatura hispanoamericana se reducía "a algunas individualidades eminentes", y de que su historia "no admite encadenamiento filosófico ni clasificaciones de escuelas nativas", le recomienda a su amigo que no gaste el tiempo "en esclarecer esterilidades que no merecen estudio", y que tome "los nombres culminantes como centros de investigación biográfica y crítica". Luego le aconseja el plan que ha de seguir, y aun la forma de presentación de los materiales componentes —bocetos biográficos, críticos, notas, etc.— y aun el estilo: "*Bueno será un término medio entre discurso a la francesa y farrago de erudición alemana. Usted por fortuna sabe realizar este empeño*".

El lector de esta carta se animaría a decir que Caro se aprestaba a escribir él la historia de la literatura hispanoamericana por medio de su

amigo peninsular. . . . Temeroso de que no le quede a éste tiempo ni vida para realizar el plan general que le trazara, Caro comenta:

"El plan es vastísimo, quizá demasiado vasto. La introducción, que hace abrazar las literaturas que se desarrollaron en la península antes de la castellana, ha de ser, a mi juicio, muy rápida; y la literatura portuguesa y catalana vendrían mejor como *parte segunda* de la historia, que como ramas de la exposición. Yo preguntaré a usted ante todo el concepto en que ha de estribar la unidad de la obra. ¿El de territorialidad? *Paréceme algo material, y excluye la literatura americana separándola de la española, oceano dissociabili.* El de la unidad de lenguaje, *libri unius?* En este caso, *la literatura española se identifica con la castellana;* lo semítico queda excluido; allégase a ella lo latino, por su valor genealógico o colateral, pero siempre con carácter accesorio; *y el asunto principal y dominante será la lengua castellana, en su progresivo desenvolvimiento, florecencia y conquistas lejanas*". . . . "No son éstas, objeciones al plan que usted se ha propuesto, *sino deseos de que la literatura castellana merezca principalmente la atención del hombre llamado a escribir su historia*".

Como puede verse, la simiente que en buen surco echara años antes don Miguel Antonio, es ya planta de crecimiento tan vigoroso que él —como buen hortelano— tenía que podar, para que no se fuera en vicio y si diese buen fruto de permanente valor. Así termina su carta, después de hacerle muchas observaciones a otra obra en que se hallaba ocupado el laboriosísimo santanderino: "Quiero que todo lo que salga de su pluma de usted esté a la altura de su gloria, *que no es suya toda, sino de la Iglesia, de su patria y nuestra. Dios es paciente porque es eterno; de esa serenidad divina deben participar los inmortales. No imagine usted que tengo la audacia de echarle un sermón; lo que deseo es mostrarle el interés que me inspira cuanto usted piensa y escribe*".

¡Bien podaba el hortelano!

Don Marcelino se conmovió al leer esa carta, y especialmente al leer su última parte, "nutrida de verdadera poesía, e inspirada por los más nobles afectos de patria y de raza". . . . Tan hondamente lo impre-

sionó Caro, que Menéndez y Pelayo pudo exclamar: "Son ustedes hispani hispaniores, y buena falta hace que de esa España andina venga algún soplo vital que nos refresque y vigorice el espíritu nacional, harto apagado y marchito".

Cartas van y cartas vienen. En febrero de 1884, don Marcelino le da las gracias a su amigo por "no haber cesado de favorecerlo" . . . "en ningún correo con documentos literarios interesantes", a menudo llenos de anotaciones de erudición y de crítica, y en octubre de 1884 le dice, entre otras cosas:

"En cuanto a la *Historia de la literatura*, he decidido empezar por el medio, es decir, por la época de los Reyes Católicos, en que Amador de los Ríos suspendió su trabajo, y continuarla hasta nuestros días, sin perjuicio de volver atrás, si Dios me da vida, y rehacer la parte de la Edad Media, con una vasta introducción que abarque el desarrollo literario latino y semítico anterior a las lenguas vulgares. Pero como la Edad Media. . . ha sido hasta ahora lo más estudiado de nuestra literatura. . . no veo perjuicio en dejarla para el fin y atender entre tanto a la época clásica y a la moderna, que son las más desatendidas".

¡Bien podaba el hortelano!

Convencido don Marcelino de que, a pesar de su memoria prodigiosa y su gran consagración y a pesar de la ayuda que recibía, le sería físicamente imposible realizar su plan original, en parte aceptó los consejos de Caro, proponiéndose dividir la historia "en géneros: primero, la poesía lírica, luego la épica, así popular como erudita, la novela, el teatro, la historia, la oratoria, la prosa didáctica" . . .

Vinieron así a la vida la *Antología de poetas líricos castellanos*, el *Tratado de los romances viejos*, las *Obras de Lope de Vega*, los *Orígenes de la novela* —de interés enorme para todos los hispanistas— y la *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893-1895), obra básica de los estudios de literatura hispanoamericana, de grande interés para los eruditos de aquende el mar, obra que tantos "hispanistas" conocen apenas por los forros, y que, en sus aspectos esenciales todos citan y ninguno mejora ni aumenta. . .

Carlos García-Prada.

La *Antología de poetas hispanoamericanos* —que sólo comprende a los coloniales y a los "clásicos" y románticos muertos antes de 1890— es una obra que se realizó gracias a los desinteresados y diligentes esfuerzos de don Miguel Antonio Caro, en primer lugar, pues fue él quien la inició, quien le suministró libros, informes, apuntes y datos a don Marcelino, utilizando para ello todos los materiales que tenía, y *movilizando* a los más notables críticos y letrados de América —García Icazbalceta, Acosta, Medina, Mera, Herrera, Amunátegui, Montes de Oca, García Merou, Rojas, Paz Soldán, etc.— urgiéndolos para que enviasen a Madrid cuanto pudiesen; y en segundo lugar, al esfuerzo unificador y ordenador de Menéndez y Pelayo.

Con suma modestia filial, dice en la Introducción del *Epistolario* el doctor Victor E. Caro, que en la *Antología* han quedado como "columnas de granito, esos estudios espléndidos que la acompañan", y que "quizás no estemos equivocados al apuntar que en algunos de esos juicios, como los consagrados a Olmedo y José Eusebio Caro, se descubre el reflejo de algunas ideas del hijo de este último". Nosotros preferimos afirmar que esos estudios, y los que Menéndez y Pelayo les dedica a Bello, a Julio Arboleda y a otros más, repiten los que había emitido y publicado don Miguel Antonio antes de 1890, y no sólo en la parte biográfica y bibliográfica, sino en la crítica, lo cual indica cuán grande era la confianza que don Marcelino le tenía a su amigo don Miguel Antonio.

La *Antología* es un hermoso y edificante ejemplo de verdadera cooperación hispanoamericana, posible cuando los obreros son espíritus cimeros, idealistas y patriotas de verdad, como Caro y Menéndez y Pelayo.

Carlos GARCIA-PRADA.

University of Washington.

Seattle, Washington.

